

existentes en las provincias confiadas á su administracion; de suerte que en virtud de esta concesion del Pontífice, tiene derecho de visitar é inspeccionar con la autoridad apostólica, por sí mismo ó por delegado probo y capaz, cuantas veces le pareciere oportuno, conforme á los sagrados cánones y al concilio Tridentino, los monasterios regulares tanto de hombres como de mujeres, los prioratos, las casas de cualquiera orden, aun mendicante, los hospitales, aun los exentos y sujetos inmediatamente á la Santa Sede ó que alegaren cualquier otro privilegio; los cabildos, conventos, universidades, colegios y personas; de inquirir diligentemente sobre su estado, costumbres, disciplina, en general y en particular, en las cabezas y en los miembros; concediéndole facultad, cuantas veces, conforme á la doctrina apostólica, los santos cánones, decretos de concilios generales, tradiciones y estatutos de los Santos Padres, comparados con las circunstancias y naturaleza de las cosas, advirtiere que cualquiera parte necesita de mutacion, correccion, revocacion, renovacion ó aun de nueva institucion, de reformar, cambiar, corregir y de nuevo instituir: y lo que hubiere instituido de conformidad con los santos cánones y decretos del concilio de Trento, de confirmarlo, propagarlo, mandarlo ejecutar, de extirpar todo abuso, de restablecer y reintegrar por medios convenientes las reglas, constituciones, observancias y disciplinas eclesiásticas en donde quiera que hubiesen decaído; de inquirir con rigor y emplear la fuerza coercitiva contra los religiosos que vivieren mal, que fueren relajados, infieles á su instituto ó culpables de otra cualquiera falta, aunque sean exentos y privilegiados, conforme á las reglas de la justicia y de la sana razon: y cuanto haya estatuido, cuide de hacerlo observar como si hubiese emanado de la Sede apostólica, no obstante toda disposicion á esto contraria¹.»

¹ *Ex audientia Sanctissimæ habita die 9 Augusti 1778. — Ms. Archiv. Nunz. di Polonia.* Publícalo CRISTÓBAL DE MURR en su *Diario*, Tom. IX, pág. 313. El cardenal Caselli, al firmar este decreto, exclamó: «Este do-

Tal era el contenido del decreto: y en verdad que los enemigos de la Compañía lo consideraban como el golpe más certero y mortal que pudieran asestar al corazón de su víctima. De aquí las demostraciones de júbilo con que lo celebraban, y los rumores que esparcían de que presto se habían de ver libres de aquella fantasma ominosa que los tenía en continuo sobresalto. El Nuncio de Polonia, Monseñor Archetti, no dudaban que secundaría sus planes; pues creían participaba de la opinion de que la existencia de los Padres en Rusia no era conforme á derecho; y solamente la actitud de Catalina y su decidida voluntad de mantener la palabra quedio á los polacos de no inmutar cosa ninguna en lo tocante á asuntos religiosos, le habían impedido la intimacion del Breve de Clemente XIV á aquellos Padres.

Respecto al obispo de Mallo, tampoco abrigaban la menor duda de que usaría de sus amplias facultades contra los jesuítas, que habían dado ocasion á que, sin esperarlo él, le fuesen otorgadas. Sabían su historia: y esto los tenía tranquilos. Siestrzencewicz había sido calvinista en su niñez y en su juventud durante sus estudios en Alemania é Inglaterra: vuelto á Rusia abrazó el rito católico latino porque así convenia á su medro personal: llegó á ser obispo por la gracia de Dios, pero no por la de la Sede Apostólica; si bien esta le reconoció aquel grado por el favor de la Emperatriz de que gozaba el intruso, cuando esta pidió la creacion de un obispado latino en la Rusia Blanca¹.

cumento se dirige contra la Compañía, y podría ser muy bien que la salvase.» Notóse además por los que conocían el estilo de la curia Romana en semejantes documentos, que contra la costumbre ordinaria se había omitido en este la cláusula *Juxta constitutiones apostolicas*: y como el Soberano Pontífice no hizo la tal omision por descuido y sin pensar, sino de propósito; deducían que la causa de ello era evitar toda alusion al Breve de Clemente XIV; ó lo que es lo mismo, que el Papa dirigía el documento no á la destruccion, sino á la salvacion de la Compañía en Rusia: pues sabía que el obispo no obraría respecto á ella contra la voluntad de la Emperatriz.

¹ El P. Zalenski da curiosos pormenores de este hombre. Fue hijo de padres calvinistas. Enviado por el sínodo á estudiar teología sucesivamente á Koénisberg, Francfort, Amsterdam y Londres, solo se dio

Cuál fue el desenlace de tan peligroso drama, lo veremos después que hayamos referido un suceso que causó los más graves disgustos al P. José Pignatelli. Hemos dicho ya cómo su hermano Nicolás, aburrido de su arresto, salió de la casa del comisario regio y de la compañía del Siervo de Dios. El Padre Manuel Luengo¹, que por muchos años trató con Nicolás, dice de él que era «un joven inocente, de buenas costumbres y muy amable,..... de poco juicio en algunas cosas, y de simple prodigalidad:» y añade: «Aunque tiene muy buena renta para el estado presente, y no menor que su hermano D. José, que con su buena conducta lo pasa grandemente y se porta como caballero y señor, está lleno de deudas sin saberse en qué pueda gastar tanto sino en simples y necias prodigalidades.»

Separado Nicolás de José su hermano, puso casa en Bolonia con un lujo tal, que si bien no era superior á lo esclarecido de su linaje; pero no decía bien con un miembro de la familia Pignatelli, que desde niño había profesado la pobreza religiosa; y contrastaba grandemente con la escasez ó con la modestia, en que vivían sus antiguos hermanos en religion aun los pertenecientes á familias acomodadas ó ilustres. Jamás había entendido qué cosa fuese gobierno, administracion ó economía: así que no tardaron los excesivos gastos á superar las únicas entradas con que

á aprender lenguas extranjeras. Vuelto á su patria, malgastó una cantidad de dinero de su padre: y temiendo algun castigo, sentó plaza en el ejército prusiano, y llegó á oficial. De resultas de un duelo, tuvo que dejar el servicio de Prusia, y entró en el de Polonia, donde llegó presto al grado de capitán. Pidió la mano de una joven, la cual era católica: ella respondió que por nada de este mundo tomaría por esposo á un hereje. El pretendiente se fue á Vilna, y al cabo de una semana vuelve y hace saber á la joven que ya es católico. Respondióle ella: «Con la misma facilidad con que cambias de religion, cambiarías de mujer:» y le despidió. La esperanza de un pingüe beneficio le decidió á abrazar el estado eclesiástico, y en 1763 á los 32 años de su edad fue ordenado de sacerdote. Tal era el hombre de que necesitaba Catalina para obispo de los católicos del rito latino. (ZALENSKI, Tomo I, Lib. II, Cap. VII.)

¹ *Diario*, Tomo 19, págs. 292-293.

contaba, que eran la pension del rey y la renta que en España se le había concedido.

Empezó, pues, con sus prodigalidades á contraer deudas: estas insensiblemente fueron aumentando hasta ponerle en más de un compromiso. Recurría á sus hermanos de España; los cuales no veían con buenos ojos el despilfarro de Nicolás, advirtiéndole que á José la renta, que le fue asignada, no solamente le bastaba para atender á su decorosa manutencion, sino que le sobraba para remediar las necesidades de sus compañeros; y esto tanto era así, que su hermana la condesa de la Acerra continuamente le estaba remitiendo sumas, á veces bien considerables, para socorro de los necesitados.

Heriala á José en lo más vivo la conducta de Nicolás. Haciale ver que con ella no se honraba á sí mismo, ni miraba por el honor y buena reputacion de la familia, ni daba la edificacion que de él podían esperar sus hermanos en religion y las personas de la ciudad que no ignoraban había sido religioso. Pero todo fue en vano: Nicolás continuaba derrochando y adeudándose; y en más de una ocasion el P. José, para impedir que los acreedores le llevasen á los tribunales en demanda de justicia, tuvo que desembolsar crecidas cantidades, que tenía destinadas á aliviar la miseria de los pobres y de sus hermanos, puestos en verdadera necesidad.

La pena que todo esto causaba al Siervo de Dios, era más dolorosa de lo que puede con palabras explicarse. Basta decir que la continua opresion de espíritu en que vivía por esta causa, llegó á influir en su salud corporal; pues empezó á sentirse debilitado el estómago y con penosísima lentitud en la digestion; achaques que acabaron en náuseas y bascas, y le redujeron á no poder tomar alimento sólido hasta la noche, teniendo que sustentarse entre día con algunos sorbos de chocolate y á veces con sola alguna taza de salvia. Con esto se debilitaron insensiblemente sus fuerzas, y cayó en un estado de postracion tal, que en todo lo restante de su vida no se vio libre de ella enteramente: y como escribe el P. Monzon, esta enfermedad ahora

contraída, le duró por más de treinta años, esto es, hasta el fin de su vida¹.

Y no fue todavía esto lo más sensible para su tierno corazón, sino los medios que arbitró su familia para ver de reducir á Nicolás á un término razonable, y fueron tratarle como á pródigo ó menor de edad, nombrándole un tutor que le fuese entregando á cortos tiempos las cantidades precisamente necesarias para sus gastos ordinarios; y acudieron para esto á la caridad y prudencia del P. José, á quien efectivamente encargaron la tutoría de Nicolás. Tomó sobre sí el buen Padre aquel odioso cargo, aunque en verdad con poca esperanza de que produjese el buen efecto que sus hermanos pretendían; antes al contrario previendo y temiendo que en vez de remediar el mal, lo acrecentaría, avivando en el corazón de Nicolás el interior resentimiento con él, nacido de la diferente conducta de entrambos.

Podría ser que tuviese relación con el arreglo de este tan espinoso asunto el viaje á Italia del conde D. Luis, su sobrino, en otoño de 1778: pues consta que estuvo por este tiempo en Roma, como lo escribía Azara en carta de 15 de Octubre. «Yo,» dice, «me estoy aquí plantado (en Roma),..... y acompaño á ver *l'antichità* (las antigüedades) al conde de Fuentes, que viene de Sicilia, y está alojado en mi casa. Un día de estos parte para París.» Y en 29 del mismo mes añadía: «Aun tengo aquí al conde de Fuentes, pero parte muy presto para París.»

Estuviese ó no relacionado con aquel asunto este viaje, lo cierto es que la cosa no se compuso á satisfacción del P. José, como se desprende de los hechos posteriores, y le fue preciso tomar la tutoría de Nicolás, origen de nuevos disgustos y ocasión de que las buenas relaciones entre los dos hermanos se pusieran cada día más tirantes. Por más que el P. José le acertase las asistencias, reduciéndolas á lo que bastaba para vivir su hermano

¹ Si esta enfermedad le duró *más de treinta años*, y el Venerable falleció á fines de 1811, resulta que debió de contraerla lo más tarde en este tiempo, es á saber, en 1779 ó 1780.

holgadamente y con el decoro que correspondía á su esclarecido linaje, de continuo acudían los acreedores al P. José, exigiéndole exorbitantes sumas por las deudas que su hermano contraía.

Lo que más sensible era á su cariño fraternal era ver la enajenación del ánimo de Nicolás, conociendo que si quisiera este vivir en su compañía, fuera cosa fácil reducirle á un término justo. Muchos eran los medios que excogitaba para alcanzar de él que se estrechasen más las mutuas relaciones; pero Nicolás, que se sentía por una parte humillado, al verse tenido por menor ó pródigo y constreñido á depender de un hermano casi de su misma edad, y por otra contrariado en sus prodigalidades y reducido á cierta estrechez en sus gastos; no comprendía que tal oficio con él ejercitado era de pura caridad y nacido del deseo de su bien; pues su conducta le rebajaba á los ojos de sus compañeros y más á los de sus parientes, los cuales reputaban como un borron para toda la familia tal conducta en uno de sus miembros.

No dejaba el P. José pasar ocasión alguna, que se le presentase, de atraer á sí á Nicolás y ponerse más en contacto con él. Determinó, pues, aprovechar una muy favorable que se le ofreció. El día 16 de Marzo de 1779 llegó á Turin D. Juan Pablo Azlor, Duque de Villahermosa, que fue de embajador de España en aquella corte. Acompañábale su esposa, D.^a María Manuela, sobrina de los Padres Pignatelli, á quienes nunca había tratado ni conocido. No ignoraba el P. José que el duque su sobrino estaba inficionado de la nueva filosofía, por lo cual pudiera ser inoportuna la presencia de los dos ex-jesuitas en Turin.

Resolvió no obstante hacer á los nuevos embajadores una visita con su hermano Nicolás. Dió buen pretexto para ello el pánico que reinaba en Bolonia á causa de los temblores de tierra que sin cesar se repetían, como se ve por una carta escrita desde aquella ciudad por el P. Isla á su hermana en 14 de Junio de este año de 1779. «Al comenzar el 2 del corriente,» dice, «se sintió en esta ciudad un violento terremoto, que se repitió

cinco veces en aquel día, y la tercera con igual violencia que la primera. Repitiéronse por once días los mismos estremecimientos más ó menos violentos, con gran consternación del pueblo, pero sin daño considerable de los edificios, aunque con mucha conmoción de las gentes, en las cuales ha hecho gran fruto esta elocuentísima misión: de manera que para Bolonia más ha sido beneficio que castigo. En varias otras ciudades de Italia se experimentó el mismo temblor, pero mucho más mitigado, sin que sepa que haya perecido persona alguna dentro de Italia en tan inminente peligro.» Fue tan pertinaz este azote, que en 17 de Diciembre del mismo año escribía el Padre á su hermana: «Los temblores de la tierra no cesan, y los clamores al cielo se continúan.»

Aunque sentía el P. José dejar á Bolonia en tan triste situación, que ofrecía vastísimo campo á su infatigable caridad á favor de los pobres y necesitados, á quienes era preciso aliviar y socorrer con limosnas corpóreas no menos que con espirituales consuelos; aprovechó no obstante la buena ocasión que se le ofrecía de emprender con su hermano un viaje á Cerdeña; para lo cual escribió ántes á su sobrina la duquesa anunciándole su próxima visita. Salieron ambos para Turin el mes de Junio. Pasaron por Parma, en donde fueron á visitar al infante de España, el duque D. Fernando; el cual les recibió con manifestaciones de singular cariño, y no consintió que durante su permanencia en su corte se alojasen en otra posada que en su propio palacio.

Aquí contrajo el Siervo de Dios aquella amistad con el infante-duque, que duró toda la vida de este, y produjo para la Compañía los ventajosos resultados, de que se dirá largamente más adelante.

Llegaron á Turin los dos hermanos el día 11 de Julio (1779); y de su llegada escribe el duque en su Diario estas lacónicas frases: «Á cosa de las ocho de la noche llegaron los señores don José y don Nicolás Pignatelli, hermanos del difunto conde de Fuentes.» El P. José contaba entonces tan solo cuarenta y dos

años aun no cumplidos; pero las austeridades, las dolencias y los grandes trabajos físicos y morales que había padecido, le daban el aspecto de un anciano. Era de elevada estatura, muy flaco de cuerpo, de rostro largo y facciones regulares, afeado por una gran nariz que le colgaba sobre la boca, sumida por falta de dientes. Su porte era distinguidísimo: bajo el humilde traje eclesiástico reconocíase en él al caballero de raza: era naturalmente cortés y afable, y estaba informado, por decirlo así, hasta en sus más mínimas acciones por la austera gravedad del religioso mortificado. Vestía como los clérigos italianos de entonces, calzon corto, chupa y casacon largo que le mediaba la pantorrilla, y peluca sin polvos, que dejaba ver la tonsura en la parte superior de la cabeza¹.

Recibió el duque á los dos hermanos Pignatelli con grandes muestras de consideración y de respeto. Á los pocos días de su llegada llevólos él mismo á visitar al arzobispo de Turin, á quien pidieron licencias para decir misa, y en el acto les fueron otorgadas.

Los vastos conocimientos del P. José en lenguas, en artes bellas y antigüedades, le sirvieron admirablemente para conquistarse la benevolencia y el afecto del duque. Ayudóle en aquellos días con grande asiduidad y mayor paciencia en los trabajos sobre las fábulas griegas que el duque tenía entre manos; y le refundió casi por completo una disertación, que para remitirla á España escribía el duque sobre la tabla Isiaca, existente en la universidad de Turin, considerada entonces como uno de los más antiguos monumentos egipcios, y mirado hoy por los inteligentes como un monumento pseudo-egipcio de la época de Adriano.

Deseaba la duquesa que así como el Padre con la superioridad de su talento se imponía poco á poco al duque su marido, se le impusiera también con la superioridad de su virtud y de su fe religiosa para traerle á la práctica de la religión y de la vida cristiana. Instóle con devota impaciencia para que emprendiese

¹ P. COLOMA, *Retratos de antaño*, Cap. XVIII.

la obra de convertir á su esposo; pero el P. José tan solo contestó á las instancias de la sobrina con aquellas palabras de un profeta: «Vendrá un niño pequeño, y lo pastoreará¹.» Con esta frase aludía al hijo que esperaba la duquesa, la cual tuvo siempre como verdadera profecía las palabras de su santo tío, pues vio á poco cumplirse en todas sus partes aquel prenuncio.

Al mismo tiempo que el P. José remitía á la accion de la gracia la conversion del duque, dióse con todo el ardor de su celo á adelantar en el camino de la virtud á la duquesa. Desde luégo descubrió en la sobrina un espíritu todo de Dios, una perfeccion nada comun, una alma capaz de grandes empresas de la gloria de Dios y susceptible de cultura espiritual muy superior á la debilidad de su sexo. Por su parte la duquesa al momento se sintió dominada por la presencia de su tío y deseosa de ponerse bajo su direccion, como si allá en su alma se la certificase de que cultivada por aquel hombre de Dios, había de correr á pasos de gigante por el camino de la virtud.

Abrió de par en par á su santo tío todo su corazon hasta el último repliegue; y como advirtiera el prudente varon algun exceso en el amor del retiro y de la soledad, trazóle el plan de vida que más conveniente le pareció, basando el edificio de su santidad en el exacto y fiel cumplimiento de los deberes de su estado. Animóla á pelear con el ejemplo contra las modas menos conformes con la honestidad y recato. Cercenó sus oraciones vocales, en que la buena señora gastaba gran parte del día; y la enseñó la práctica de la meditacion y de los exámenes, recomendándole la frecuente lectura de la *Vida devota* de San Francisco de Sales, los *Ejercicios de perfeccion y virtudes cristianas* del P. Alonso Rodríguez, y la *Cuaresmillla* de Masillon. En una cosa no introdujo reforma el P. Pignatelli, y fue en las abundantes limosnas que hacía la duquesa, aunque su marido la calificaba de pródiga; porque «prodigalidades de este género,» decía el Padre, «son vicios que á los grandes sientan muy bien.»

¹ *Puer parvulus minabit eos.* Isai. XI, 6.

Llegó por fin la hora del alumbramiento de la duquesa. Dio á luz un niño, en lo cual vio cumplirse la primera parte de la profecía del P. José. Ofrecióse el rey, Victor Amadeo III, á apadrinar el recién nacido, fijando la ceremonia para cuando la duquesa pudiese presentarse en la corte. Como en Turin arreciase el calor y temiese el duque por el recién nacido, trasladóse á una casa de campo, que ofreció el marqués de Meana Taglioni, entre Turin y Moncalieri. La duquesa, en cuanto le fue posible, pasó tambien á la quinta Meana, á donde la acompañaron los Padres Pignatelli. Hizose la ceremonia solemne del bautismo el día 8 de Setiembre, y tres días después salieron para Bolonia los Padres Pignatelli, prometiendo ántes el P. José á la Duquesa volver el verano próximo para darle los Ejercicios de San Ignacio¹. Dirigiéronse á Parma en cumplimiento de la palabra que habían dado al Duque; el cual los acogió á la vuelta con los mismos agasajos y cordialidad con que los había recibido á la ida.

Vueltos á Bolonia á principios de Octubre, no pudieron desatender los ofrecimientos de los príncipes Spada, que se empeñaron en tenerlos algunos días en una quinta poco distante de la ciudad. El P. José que no buscaba sino pretextos para prolongar la permanencia de Nicolás á su lado, aunque varios negocios de los que tan propios le eran, esto es, el prestarse al socorro de los necesitados, reclamaban su presencia en la ciudad; persuadió con todo esto á su hermano, que era conveniente aceptar la invitacion de los príncipes; y convinieron en pasar el día en el campo con aquellos señores, y de noche trasladarse á la ciudad para despachar las peticiones de los que acudiesen á él por favor ó por remedio. Y así lo hicieron.

Todo esto consta por una carta del P. Isla de fecha 16 de Octubre de 1779, en que dice así². «Los caballeros Pignateli,

¹ El Duque escribía en 11 de Setiembre: «Se fueron los tíos don José y D. Nicolás Pignatelli á Bolonia con ánimo de volver el año que viene.»

² Cartas á varios: carta CXXXVII.

luégo que se restituyeron de Turin á Bolonia, dieron principio á una *villeggiatura diurna*¹ poco distante de nuestras murallas, donde hace su campaña mi señora la marquesa Espada. Por el día son *campagnuoli*², y por la noche *cittadini*³; por cuya razon no podré desempeñar la comision de vuestra excelencia, y otra que tengo para ellos de un sobrino mío al servicio de la corte de Parma, (cuya casa honraron con su hospedaje á la ida y vuelta de Turin), hasta que dejen de ser *pipistrelli*⁴. Oigo decir que dentro de dos ó tres días se retirarán á los cuarteles de invierno, y entonces cumpliré con uno y con otro encargo, de lo que será vuestra excelencia avisado.»

¹ Temporada de campo.

² Habitantes del campo.

³ Ciudadanos.

⁴ *Murciélagos*: esto es, hasta que dejen de estar visibles en Bolonia solamente de noche.

CAPÍTULO IV

Comocion en los Estados Pontificios y causa de ella. — Temores de los jesuítas de Rusia por el formidable decreto. — Conviértense en gozo por la concesion del noviciado. — Agitacion que tal noticia produce en todos los ánimos. — Alegría de los jesuítas españoles residentes en Bolonia. — Desea el P. José pasar á Rusia. — Dificultades que surgen. — Una visita al colegio de Polotsk. — Pío VI y el cardenal Calini. — Formacion del proceso de Carvallo. — Comunícase al Papa un extracto de él. — Puntos principales del extracto.

1779 — 1780

Á su vuelta de Turin halló el P. José Pignatelli las ciudades del Estado Pontificio en una verdadera comocion, promovida precisamente con ocasion de lo que más á él le interesaba, cual era su madre la Compañía. Para explicar el carácter de esta agitacion de los espíritus, preciso será remontarnos al origen de ella, que no fue sino la cuestion del noviciado en Rusia.

Hemos visto cuán amplias facultades sobre las órdenes religiosas había comunicado Su Santidad el Papa Pío VI al obispo de Mallo. La noticia del decreto pontificio y de las omnímodas atribuciones que en él se conferían á aquel obispo, llegó á los Padres rusos en Setiembre de 1778, y los sumió en un abismo de tristeza y de consternacion. El Vice-Provincial P. Czerniewicz creyóse en el caso de tener que prescribir oraciones á todas las casas y colegios para alcanzar de Dios, por intercesion de San Francisco Javier, que librase á aquellos restos de la Compañía de